

## JOSÉ GAOS: ACADÉMICO E INTELLECTUAL\*

Álvaro Matute

Universidad Nacional Autónoma de México

Las sociedades anglosajonas perfilaron al mediar el siglo XIX al académico, entendiendo por tal al hombre de ideas y letras dedicado a la investigación y la enseñanza superior, esto es, el científico, aunque en este caso se trate de quien se dedica a las humanidades. El intelectual, en cambio, era igualmente un hombre de pensamiento y letras, que más que investigar ideaba; más que enseñar en las aulas, lo hacía en los periódicos y en la tribuna. Es posible que personajes de la talla de Hegel y Ranke encarnen mejor que nadie a ese nuevo tipo que es el académico, a quien distingo del científico debido a los campos de trabajo de cada uno, aunque sin duda, el académico es el científico de las humanidades, lo que en inglés se denomina con el término *scholar*. El mundo hispánico fue abundante en intelectuales, debido acaso a la inconsistencia de sus universidades, o a que en éstas, donde las había, dominaba el elemento clerical, cuya esfera era bien distinta a la del laico dedicado al conocimiento y la divulgación del saber. Esto creo que puede ser válido tanto en España como en cualquier latitud de Hispanoamérica.<sup>1</sup> Se trata de una suerte de laicización del

---

\* Una versión no escrita de lo aquí tratado fue expuesta como conferencia en la Universidad de Valencia el 14 de diciembre de 2004. Otra versión, sí escrita, pero más breve, fue presentada como ponencia en Bucaramanga, Colombia, Universidad Industrial de Santander, agosto de 2006. *Memorias del XIII Congreso Colombiano de Historia*, CD-Rom.

<sup>1</sup> Esta distinción entre académico e intelectual la propuse por primera vez en una ponencia, "Antonio Caso, Henríquez Ureña y el positivismo. Breve historia de una relación" presentada en Santo Domingo, República Dominicana, en un congreso en homenaje a don Pedro Henríquez

sacerdocio, en la medida de que se trata de influir en la vida social, no ya desde el púlpito y la homilía, sino desde el periódico y la oratoria.

Si bien lo último tiende a desaparecer con el arribo al siglo XX, la prensa periódica sigue siendo el espacio privilegiado mediante el cual el hombre de ideas manifiesta las suyas a quienes lo leen. Claro está que esa prensa periódica también incluye a la revista literaria, dirigida a grupos minoritarios, a diferencia de la prensa diaria, con alcances mayores. Ahí se da una diferenciación de funciones del escrito público, pero el lector lo sabe y busca ambos tipos de publicación.<sup>2</sup>

En la experiencia mexicana, la Escuela Nacional Preparatoria, fundada en 1867, fue el espacio que abrieron los liberal-positivistas para marcar una diferencia en la enseñanza media superior con respecto a la tradición eclesial. La ausencia de espacios de enseñanza superior dedicados a las humanidades concentraron a los hombres de ideas y de letras como profesores del establecimiento mencionado, los que al no dedicarse a la formación de profesionales de la filosofía, la historia o la literatura, no llegaron a la especialización requerida que se practicaba en Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos. Persiste en el mundo hispánico la tradición decimonónica de escribir en los diarios, practicar la tertulia, ejercer la oratoria.<sup>3</sup> En España, sin

---

Ureña, con motivo del cincuentenario de su fallecimiento y recogida en Álvaro Matute, *El Ateneo de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 39-62.

<sup>2</sup> Una excelente ilustración de la circunstancia del intelectual latinoamericano en el siglo XIX la hace Cecilia Rodríguez Lenmann en su tesis doctoral en proceso. *Entre el letrado y el escritor. Deslindes del campo literario: Francisco Zarco y Juan Montalvo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. El caso de Zarco es interesante. Destaca como periodista político e ideólogo del liberalismo, pero por necesidad, escribe sobre modas y lo hace de manera excelente. José Woldemberg

<sup>3</sup> Con respecto a la oratoria, éste fue un género ampliamente practicado, en sociedades cuyo alcance era efectivo y trascendente. Al aclimatarse Henríquez Ureña en México, en correspondencia con su hermano Max comenta el estilo oratorio de Caso en sus conferencias. Don Pedro tenía ya más clara la vocación del académico, y desde luego, su estilo.

duda, la diferenciación se dio desde mediados del siglo, pero revolucionó con la Institución Libre de Enseñanza, donde se propició la divulgación de idearios ajenos al catolicismo tradicional, especialmente con la filosofía krausista. El espacio académico se desarrolló, lo que permitió el florecimiento de figuras como los dos Menéndez y Rafael Altamira y Crevea, para sólo mencionar a algunos prototipos del investigador y el docente. Al lado de ellos los narradores realistas (Clarín, Galdós) y después los integrantes de la Generación del 98, desempeñaban el papel de formadores de opinión. En este panorama surge el caso extraño de una persona formada en los más rigurosos medios académicos alemanes que al retornar a su patria ejerce la filosofía en la prensa, en la tertulia, en la conferencia pública y, por añadidura, en la enseñanza formal: José Ortega y Gasset, quien, además, dirigirá publicaciones y empresas editoriales, e incluso llegará a ejercer la representación pública. El fenómeno Ortega y Gasset es interesante porque en lugar de reproducir en Madrid lo aprendido en las universidades alemanas, con los más representativos cultores del neokantismo, se vuelca a la prensa y al libro ensayístico. Esto lo pudo hacer, claro, gracias a su pluma brillante y rica, a su facilidad de comunicación, al poder ser persuasivo. Ortega no tardó mucho en hacer opinión y en proyectarse no sólo a las Españas sino al continente americano. En lugar del libro sistemático, optó por *El Espectador*, serie en la que hizo filosofía de todo, al alcance, si no de *todos*, sí del lector inteligente, ávido de encontrar en los diarios respuestas a muchas preguntas surgidas desde la cotidianidad. Al mismo tiempo, no rehuyó la cátedra, sino al contrario, aunque cabe suponer que el rigor formativo se lo endosaba a sus colegas García Morente, Zubiri, Besteiro. El caso es que Ortega supo funcionar como

intelectual-académico. Demostró que no necesariamente hay disyuntiva, pero no todos están llamados a serlo y hacerlo.

En este punto entra a escena su discípulo José Gaos, que también lo fue de los maestros mencionados. Gaos recuerda su relación con Ortega, que fue muy cercana: discípulo, tertuliano, colaborador.<sup>4</sup> Indudablemente la referencia a sus principales formadores puede evocar más de lo que dice de ellos en sus *Confesiones*. Fueron modelos y sin duda, de Zubiri y García Morente le quedó la imagen de los maestros comprometidos con sus discípulos. Hay, por ejemplo, el recuerdo de la caminata por el Paseo de la Castellana hasta la Residencia de Estudiantes, con Zubiri. De Ortega, en cambio, la imagen del escritor, editor, periodista, conferencista, en una palabra, del intelectual. Gaos tuvo en sus tres maestros de la entonces llamada Universidad Central de Madrid, a los dos prototipos aquí aludidos, el académico y el intelectual.

Un repaso a su currículum en el decenio que corre desde la obtención de su doctorado al momento de su traslado a México arroja información interesante. Antes, entre el fin de su licenciatura y el doctorado ya había firmado seis traducciones, siendo la célebre de la *Filosofía de la historia* de Hegel la más renombrada. Al concluir su fase profesional, en lugar de marchar a Alemania, cual hubiera sido de esperarse fue a la Universidad de Montpellier como lector de español y regresa a su Valencia en calidad de profesor de alemán. Con el doctorado y la traducción de Hegel comienza su labor docente en filosofía, primero en León, como profesor de Instituto y luego ya a nivel facultativo en Zaragoza. De ello queda el testimonio de un alumno que llegó al centenario de Gaos y al suyo propio, el padre Manuel Mindán, quien informa que en octubre

---

<sup>4</sup> Gaos recuerda en *Confesiones profesionales* las excursiones que hacía con Ortega en las cercanías de Madrid, donde conversaban largas horas.

de 1932 pasó a la Universidad Central de Madrid, en la Facultad de Filosofía y Letras.<sup>5</sup> A partir de 1934 se encargó de los cursos de la Universidad Internacional de Verano de Santander y fue nombrado director del año preparatorio de su Facultad, en Madrid, así como Secretario General de la mencionada universidad santanderina veraniega. Esta vertiginosa actividad en la docencia y la administración escolar lo elevó a la rectoría de la Universidad madrileña en el propio año del estallido de la guerra.

Un dato importante en su actividad ajena al campo universitario fue su ingreso en 1931 al Partido Socialista Obrero Español en la Federación de Trabajadores de la Enseñanza, así como a la Agrupación al Servicio de la República, fundada por su maestro y amigo Ortega, junto con el doctor Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala.<sup>6</sup> ¿Qué llevó a José Gaos a militar en un partido? No lo dice en sus *Confesiones profesionales* de manera directa, pero sin duda lo expresa al manifestar su emoción por el cambio, por el advenimiento de la República, sorpresivo, fácil, y las posibilidades que se le abrieron a España en ese momento. De su militancia dice que el Partido Socialista es el que contaba con los mejores hombres; que la labor desempeñada a favor de obreros y campesinos los hacía garantes de su capacidad para poner al país a la altura de Europa que muchos anhelaban, entre los que más, su maestro Ortega. También dice que si ello implicaba jurar fidelidad al marxismo, hubiera incurrido en perjurio. También se evoca

---

<sup>5</sup> Manuel Mindán, "El magisterio de José Gaos en España", en Teresa Rodríguez de Lecea (ed.), *En torno a José Gaos*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2001, p. 51-68.

<sup>6</sup> Sobre esta agrupación, José Luis Abellán, *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, p. 67-69. Ahí anuncia una tesis en proceso en la Fundación Ortega y Gasset, a cargo de Margarita Márquez. Un texto interesante es el prólogo de José María Ridaó a Manuel Azaña y José Ortega y Gasset, *Dos visiones de España*. Discursos en las Cortes Constituyentes sobre el Estatuto de Cataluña, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2005. Disuelta cuando ya la República era un hecho, sin duda contribuyó a su consolidación. Fue fundada a raíz de la caída de Primo de Ribera.

arengando a las masas sobre el techo de un automóvil, lo que le causo una caída con los raspones consecuentes. Su apreciación del PSOE lo hace verlo similar al laborista inglés, un partido que satisface los anhelos de una intelectualidad progresista temerosa de la demagogia y de la ceguera ideológica.<sup>7</sup>

La actividad de Gaos en los años de la República fue intensa, tanto en su labor docente como en la administrativa y, además, se daba tiempo para la militancia, aunque en escala menor. De ese tiempo datan, nuevamente, múltiples traducciones. Después de la renombrada de Hegel, con la que Revista de Occidente inauguró su Biblioteca de Historiología, nuestro personaje se siguió de frente con Scheler, Spranger, Hessen, Husserl, Kierkegaard, Schwartz, Huizinga y muchos otros, incluyendo a Aloys Müller, de quien recibió influencia considerable y a Fichte, a quien, además presentó en la edición de la Biblioteca mencionada. Antes de llegar a México había traducido 26 obras, sólo una de ellas compartida con su maestro Manuel García Morente, las *Investigaciones lógicas* de Husserl.<sup>8</sup> El perfil de Gaos, hasta el momento tiende más al del académico que al del intelectual, aunque éste no es desechado del todo. La rectoría de la Universidad Central de Madrid, alcanzada a los 35 años sin duda le da una proyección notable, justo de manera simultánea a lo que le habría de marcar para el resto de su vida, la Guerra Civil. Dicha proyección lo lleva a Francia en 1937 con una doble misión, una propiamente académica, el ser Delegado oficial de España en el Congreso

---

<sup>7</sup> *Confesiones profesionales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, p. p. 107-116

<sup>8</sup> Para datos curriculares y bibliográficos de José Gaos, ver la página web del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México: <http://www.filosoficas.unam.mx/> elaborada por el doctor Antonio Ziri6n, encargado tambi6n de la edici6n de las obras completas de Gaos, en curso.

Descartes celebrado en París, y en esta misma ciudad fungiría como Comisario General de España en la Exposición Internacional, con el carácter de Presidente de la Junta de Relaciones Culturales de España en el Extranjero. El pabellón de España en la Exposición Internacional de París adquirió gran fama por diversos motivos; por una parte, el diseño arquitectónico llevado a cabo por Joseph Lluís Sert y Luis Lacasa Navarro fue notable; por otra, en él fue dado a conocer el célebre mural de Pablo Picasso, Guernica. Contó con la colaboración de Max Aub, Luis Buñuel y el cubano Alejo Carpentier. Por su correspondencia, la labor de Gaos fue eminentemente administrativa.<sup>9</sup> Su labor como Comisario General de España le valió en 1938 el ser reconocido como miembro de la Legión de Honor de la República Francesa. Los meses siguientes de ese año ocuparon la gestión y el traslado de Gaos a México.<sup>10</sup>

Los trabajos para fundar una institución que recibiera a académicos, científicos, intelectuales y artistas españoles, de manera temporal, en México culminaron en agosto de 1938 cuando fue publicado el decreto presidencial que estableció La Casa de España en México. Los tres primeros en formar parte de ella fueron Luis Recaséns Siches, León Felipe y José Moreno Villa, quienes por distintas razones se encontraban entonces en México.<sup>11</sup> El primer miembro de La Casa que llegó directamente del extranjero, en el mismo mes de agosto de 1938 fue José Gaos, quien el mes de octubre dictó su primer

---

<sup>9</sup> Se puede ver dicha correspondencia, que abarca del 4 de mayo de 1937 al 24 de febrero de 1938 en José Gaos, *Obras completas. XIX. Epistolario y papeles privados*, edición, prólogo y notas de Alfonso Rangel Guerra, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 184-207.

<sup>10</sup> Antes de llegar a México, Gaos pasó por La Habana. Su familia viajó directo de París a México, donde ya la esperaba el propio Gaos, quien la recibió en compañía de Daniel Cosío Villegas. Dato comunicado por la señora Ángeles Gaos de Camacho (19/07/06), a quien agradezco. A la señora Gaos de Camacho se debe un emotivo recuerdo: "A mi padre", en Rodríguez de Lecea, *Op. Cit.*, p. 21-49

<sup>11</sup> Clara E. Lida, *la Casa de España en México*, con la colaboración de José Antonio Matesanz, México, El Colegio de México, 1988, 201 p.

curso en la Universidad Michoacana, sobre “La filosofía contemporánea”, que constó de cuatro conferencias. Ese mismo mes inició su colaboración con la UNAM, con “Filosofía de la filosofía”, aunque todavía no como profesor regular. Su labor en La Casa de España en México queda recogida, por él mismo, en extensa carta a Alfonso Reyes, donde da pormenor de sus actividades.<sup>12</sup> La mayoría de ellas son de corte académico, a saber, cursillos y conferencias en Morelia y Guanajuato, así como en la UNAM, donde también comenzó su magisterio, con la materia de “Introducción a la Filosofía”. A la capital michoacana viajó más de una vez. Dentro de mi categorización, desempeñó dos actividades “intelectuales” consistentes en alocuciones sobre el día de la raza y el quinto aniversario mortuario de Ramón y Cajal. En un exceso de modestia, dice que “no merecen ser tomados realmente en cuenta, ni el curso semestral sobre “Didáctica filosófica”, ni el seminario semestral sobre Marx y Nietzsche”. Esto se debió, según explica, a que no avanzaron más que unas cuantas sesiones, ya que los concurrentes fueron pocos y manifestaron no poder seguirlos. Para impartir el de *Introducción* tuvo necesidad de hacer sus propias traducciones de Herodoto, Cicerón, Platón, Heráclito y Parménides, Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. Además, fragmentos de *Sein und Zeit*. Los de Heráclito le fueron publicados por sus alumnos-colegas Edmundo O’Gorman y Justino Fernández en su editorial “Alcancía”. También dio a la prensa, para La Casa de España, *Dos ideas de la filosofía*, con Francisco Larroyo. Antes lo había hecho con el *Maimónides*, previamente publicado por

---

<sup>12</sup> Fechada el 1 de noviembre de 1939. Se trata de un informe detallado de todas sus actividades desarrolladas durante poco más de un año, en Gaos, *OC XIX*, p. 209-216. También en José Gaos y Alfonso Reyes, *Itinerarios filosóficos*, compilador Alberto Enríquez Perea, presentación de Andrés Lira, México, El Colegio de México, 1999, p. 54-64. Su capacidad de trabajo queda fuera de duda. Cito ambas recopilaciones en virtud de que ofrecen anotaciones distintas y muy ricas cada una de ellas.



entregas en España. Se trata de la síntesis de sus conferencias en el Paraninfo de la Universidad, más un artículo y un intercambio epistolar entre el neokantiano mexicano y Gaos. La revista *Letras de México* que editaba Octavio G. Barreda recibió un par de colaboraciones y la *Revista Mexicana de Sociología* una más, así como la de la Universidad de la Habana. Menciona el inicio de unas traducciones de Marx y Engels para el Fondo de Cultura Económica y otra de Max Scheler enviada a Losada. La carta continúa con los planes docentes para el año de 1940. Infatigable.

Cuando rindió ese informe al presidente de La Casa de España, ya había sucedido lo peor. El triunfo del franquismo era un hecho y a los académicos, artistas y científicos de la institución se sumarían a millares de emigrados forzosos a México en calidad de refugiados. El carácter temporal de La Casa ya no tenía sentido. De ahí su conversión en El Colegio de México, según se ha relatado infinidad de veces. La situación de Gaos se tiene que redefinir: se convierte en profesor extraordinario de la Universidad Nacional Autónoma de México hasta 1947, en que será profesor ordinario y en 1961 se le otorgará el reconocimiento de profesor emérito.<sup>13</sup> En El Colegio, dirigirá el Seminario de historia del pensamiento en lengua española a partir de 1942. Hasta este punto, y por el resto de su vida, el perfil de José Gaos será el de académico, encarnado por él de manera ejemplar. Sin embargo, hay en su obra, en su quehacer, en algunas de sus actitudes que propician pensar que no quedaba conforme sólo con ello. Pese a su distanciamiento personal con Ortega y Gasset, la admiración que le profesaba nunca se hizo a un lado. El Ortega de

---

<sup>13</sup> En la Universidad Nacional Autónoma de México, ser emérito no significa retiro o jubilación. Es una distinción que permite seguir laborando en la institución a la par que se goza de algunas prerrogativas.

*El Espectador* gravitaba en Gaos y en lo que desarrolló en su antropología filosófica. Antes de ello, conviene recuperar algo que escribió a Leopoldo Zea:

Yo, que por no poder ser nunca tan plenamente mexicano como si hubiera nacido en México, he pensado que no debo tomar en la vida pública del país más parte que la escueta del cumplimiento de los deberes ciudadanos también del mexicano sólo por naturalización, en cambio pienso que los nombramientos de doctor *honoris causa* y profesor emérito con que me ha honrado la Universidad no sólo me autorizan, sino que me fuerzan a considerarme universitario tan plenamente como para obligarme en conciencia a proceder en esta Universidad como procediera en la de mi país natal, si no hubiera debido “transterrarme” a este.<sup>14</sup>

En suma, Gaos expresa que es más universitario, por lo que tiene de universal, que mexicano. Como universitario no tiene limitaciones y las que tiene lo son por no ser mexicano por nacimiento, como marca la ley, para tener derecho a desempeñar cargos públicos, incluyendo los universitarios que implican autoridad. El contraste entre la actividad cien por ciento académica que desempeñó Gaos en México a partir de su “transtierro” es muy grande con respecto a la que tuvo en Europa en el tiempo de la Guerra Civil. El ser rector de la Universidad de Madrid en realidad era un cargo más representativo que otra cosa. Simplemente no había actividad universitaria, entonces hubo de ir a París a ocuparse del Pabellón y de otros menesteres derivados de su alta posición académico-administrativa. En el tiempo mexicano, no sólo retoma su trabajo docente, sino que vuelve, de manera febril, al de traductor, gracias al Fondo de Cultura Económica, donde además funge como director o consejero de la sección de obras de filosofía.<sup>15</sup> Esto es, además de traducir, recomienda

---

<sup>14</sup> Gaos, *OC XIX*, p. 319.

<sup>15</sup> El Fondo de Cultura Económica contó con la colaboración, en la misma calidad que Gaos para Filosofía, de Julián Calvo, Economía, José Medina Echavarría, Sociología, Silvio Zavala, Historia, Eduardo Villaseñor, Política y Derecho, Luis Alaminos, Ciencia y Tecnología, Alfonso Caso, Antropología, Marcel Bataillon, Biblioteca Americana, Mariano Picón-Salas, Tierra Firme,

títulos. Y puede decirse que abre una tercera actividad, la de filósofo propiamente dicho. No escatimo su trabajo como tal en España, allá publicó su tesis doctoral sobre la crítica del psicologismo en Husserl y su trabajo sobre Maimónides, ya mencionado, así como algunos artículos, pero todavía no desarrollaba su obra mayor, su gran trabajo filosófico. Puede decirse, sin exagerar, que éste se inició en México, insisto, sin menoscabo de sus trabajos españoles. Pero fue en el país de adopción donde estableció sus líneas de investigación en filosofía de la filosofía, historia del pensamiento, antropología filosófica, para mencionar los tres grandes campos en los que puede caber la enormidad de su obra. Su bibliografía tuvo incrementos espectaculares. Si bien se definía a sí mismo como profesor de filosofía, era un filósofo original, que pronto alcanzó su plenitud. El profesor-filósofo combinó siempre el trabajo docente con la investigación-reflexión filosófica, campo del cual la traducción no estaba alejada. Tómese como ejemplo el caso de Heidegger: traduce *Ser y tiempo*, imparte un seminario sobre él, escribe su *Introducción a El ser y el tiempo de Martin Heidegger* y desarrolla un amplio manejo de las ideas del alemán en infinidad de actividades: docencia, dirección de tesis, conferencias, artículos y libros en los que Heidegger no es el tema, pero sus ideas entran en juego en el desarrollo de su propia filosofía. Y así como en este ejemplo pueden darse otros muchos, pongamos por caso en del pensamiento medieval a partir de sus seminarios sobre Santo Tomás de Aquino, que desemboca en la publicación de un libro colectivo de sus alumnos. Otra actividad frecuente fue la recensión bibliográfica a partir de la cual siempre expresó sus propias ideas. Con todo ello, Gaos se volvió paradigmático. Ya en su plenitud, en los últimos

---

Francisco Romero, Breviarios, Raimundo Lida, Lengua y Estudios Literarios, Agustín Yáñez, Letras Mexicanas, Francisco Giner de los Ríos, Tezontle. *Catálogo general 1955*, prólogo de Alfonso Reyes, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, XXVI-437 p. ils.

años de su vida, publicó, al modo de los grandes filósofos, sus *operae magnae* antes desarrolladas como cursos: *De la Filosofía*, *Del hombre* e *Historia de nuestra idea del mundo*, los dos últimos, póstumos. Paradigmático, pues, ya que abarcó todas y cada una de las actividades que un filósofo del siglo XX podía realizar, ya en un medio universitario que reclamaba atenciones especiales, esto es, no se trata de un medio de alta especialización como el euro-norteamericano, sino un medio en el que había que construir esa alta especialización. Gaos lo hizo, y con él las generaciones que le acompañaron. Un hito fue la construcción de la Ciudad Universitaria al sur de la ciudad de México. Un campus nuevo, aislado del ajetreo ciudadano, que permitió disponer de cubículos para el trabajo y la entrevista con los discípulos y, en general, un ambiente propicio para el desarrollo del profesorado de carrera que antes no había sido establecido. Gaos fue beneficiado con ello y eso le permitió desembarazarse de situaciones como la que describió magistralmente al final de sus *Confesiones profesionales*, cuando relata que para acudir a una entrevista con la rectora de la Universidad Femenina de México debe trasladarse en un autobús de la línea Juárez-Loreto, atestado, y aprovecha el viaje para atender unos pasajes de la *Crítica del juicio*, en alemán, mientras un niño que iba en los brazos de su madre amenaza, con su cercanía y la nariz floja, las solapas del saco de Gaos. Esto sucedía al promediar los años cuarenta. El traslado a Ciudad Universitaria implicó un cambio, aunque mucha de su actividad todavía implicaba ir de un lado a otro: la colonia Cuauhtémoc para El Colegio de México y el Fondo de Cultura, hasta que éste se mudó a la avenida de la Universidad y El Colegio a la Colonia Roma, de todos modos lejanos a la nueva Ciudad Universitaria.

¿Sentía nostalgia el académico por la actividad que he tratado de caracterizar como intelectual? La restricción de la legislación mexicana le había impedido ocupar cargos administrativos o de dirección. Esto, para sus alumnos de entonces y para los lectores de ahora, fue sin duda una bendición. Gracias a esa restricción la obra de los maestros del exilio español alcanzó niveles de grandeza y contribuyó a formar gran cantidad de discípulos y elaborar obras de la mayor importancia. ¿Se sentirían bien ellos? Podían recibir los reconocimientos pero no participar en los mandos. Esto, sin embargo, no es lo que quiero dejar establecido como actividad intelectual. Ésta no es otra que la de hacer sentir influencia en los lectores, guiar la opinión, destacar por el intelecto. Esto último fue alcanzado por Gaos desde su llegada a México y lo acrecentó con los años. Su fama se extendió de tal manera que hay testimonio de un estudiante italo-venezolano que viajó a México para estudiar filosofía con José Gaos, Alejandro Rossi. Pero el campo cerrado de la filosofía constituía un cerco para la comunicación amplia con el público.

El maestro de Gaos había roto ese círculo. Ortega era del público, se le discutía, se le aplaudía o rechazaba, pero su opinión contaba. El profesor de filosofía sabe que su voz tiene como límite las paredes del salón de clase, y que la trascendencia de sus ideas, si bien existe, está planteada para el plazo largo, para que el discípulo asimile la influencia recibida, la valore, conserve y deseche lo que le parezca. Dilthey, Husserl y Heidegger no son para todos. Y don José tenía un problema: su prosa escrita no concordaba con su elocuencia. Dicen quienes tuvieron el privilegio de haberlo escuchado, que “el que no lo oyó, lo perdió”. Lector atento de buena parte de su obra, creo que su escritura oscila entre la claridad y la oscuridad. Hay textos transparentes,

brillantes, al lado de otros cuyo esoterismo y dificultad sintáctica obligan al repaso repetido para tratar de encontrarles el significado. El caso es que Gaos nunca escribió para los diarios. En eso, su distancia con Ortega es enorme, no obstante, el México al que llegó, todavía estaba lejano al posterior de la especialización académica a ultranza, y se escribía en revistas como *Cuadernos Americanos* o la mencionada *Letras de México*, abiertas a plumas de índole diversa y cuyo contenido estaba dirigido a una comunidad de lectores culta, pero no especializada, entendiendo esto último de manera excluyente, como ha venido a ser. Más adelante surgieron publicaciones como *Dianoia* que son avances en el sentido descrito.

Hay un aspecto en el cual la obra de Gaos sale, hasta donde es posible, de la filosofía académica para abarcar una filosofía para todos (en sentido restrictivo). Se trata de algunos textos recogidos, por cierto en dos libros: *Discurso de filosofía*<sup>16</sup> y *De antropología e historiografía*,<sup>17</sup> más en el segundo que en el primero. Los textos en cuestión son: “El filósofo en la ciudad humana” (1948), “Crítica del tiempo” (1959), “Borrador de una conversación” que es un diálogo con Max Aub (c.1960), “La vida intelectual” (1962), “Los Estados Unidos y la revolución de América Latina” (1962), “Otra carta abierta [a Luis Guillermo Piazza]” (1965). Lejos de hacer una glosa sobre cada uno de estos textos, daré un esbozo general de ellos.

En “El filósofo en la ciudad humana”, es decir, la *polis*, aborda el tema del papel que el trabajo del pensador profesional debe desempeñar ante la sociedad a la que pertenece. No se trata desde luego, el de imponerle sus ideas a la colectividad, sino al contrario, hacerle pensar en la importancia que

---

<sup>16</sup> José Gaos, *Discurso de filosofía*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1959, 186 p.

<sup>17</sup> José Gaos, *De antropología e historiografía*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1967, 318 p.

tiene para la convivencia el respeto a todas las ideas que circulen y, si no se está de acuerdo con ellas, combatir las con argumentos filosóficos, pero siempre evitando destruirlas. Establece Gaos dos neologismos, pluranimidad y psicofagia, el primero como antónimo de unanimidad y el segundo, como matiz de antropofagia, pero no referido al hecho de que unos hombres devoren a otros, sino sus pensamientos, devorados, no como consumo, sino para eliminarlos. El papel del filósofo, para garantizar la sobrevivencia de la “ciudad humana” será el de defender la pluranimidad de ideas y manifestaciones de los demás, es decir, comportarse como el garante de un liberalismo fundado en la pluralidad. Esto lo expresó Gaos en noviembre de 1947, con la experiencia de la Guerra civil detrás y la recientemente concluida Segunda guerra mundial.

De “preocupaciones intelectuales” se pueden calificar estos textos en los que lo mismo expresa sus convicciones sobre el deber ser de los Estados Unidos frente a la situación propiciada en América Latina a raíz de la Revolución cubana, en la cual, si se quiere de manera ingenua, concluye que los Estados Unidos están más “socializados” de lo que creían, en la medida en que existe una distribución de la riqueza más homogénea que en Latinoamérica, donde priva la desigualdad, y que en virtud de ello no debían oponerse de manera tan tajante a los intentos socialista-emancipadores latinoamericanos. Asimismo, conversa con su viejo amigo Max Aub, quien al llegar a los sesenta años publicaba una revista llamada como la década a la que él y sus congéneres habían llegado. Ahí interroga a Gaos acerca de qué está escribiendo y al responder que es acerca de Dios, se dedican a especular sobre si se trata o no de un “tema de nuestro tiempo”. Lo interesante es cómo Gaos vincula sus viejas preocupaciones metafísico-teológicas con la

antropología filosófica que era la rama de la filosofía que entonces ocupaba su mayor atención. Asimismo, sobre los propios Estados Unidos escribe una carta abierta a Luis Guillermo Piazza, que por entonces había publicado un libro sugestivo, *El país más viejo del mundo*, basado en una idea de Gertrude Stein, quien expresó que lo eran, porque habían comenzado a vivir el siglo XX antes que los demás países. A Gaos le impresionó el libro de Piazza por su frescura y brillantez y, además de encomiárselo, señala las preocupaciones filosóficas que le suscitó.

Pero la más radical reflexión intelectual de José Gaos es la integrada por tres piezas “menores” de su producción: “Crítica del tiempo”, “Respuesta a una encuesta” y “La vida intelectual”, las tres en el mencionado libro *De antropología e historiografía*. Se trata de unos artículos breves aparecidos en la *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, al igual que la “Respuesta a una encuesta”, mientras que el tercero, fue una conferencia dictada en la Universidad de Puerto Rico, en 1962. Crítica del tiempo, de la vida inmersa en el tiempo, del tiempo que se dedica a la vida ordinaria, no de cualquier tipo de persona, sino del intelectual, del académico, del hombre de pensamiento y letras, del humanista.

Parte de la situación contemporánea de la aceleración, de la mecanización de la producción, no dirigida al consumo como satisfacción de necesidades, sino al fomento del consumo para que la producción tenga salida en el mercado. Eso propicia la aceleración del tiempo contemporáneo para que se incremente la producción. El trabajo intelectual no podía escapar a tal situación. En su fenomenología de la vida intelectual indica que los primeros hombres dedicados al cultivo del intelecto, los griegos a partir de Tales de



Mileto, desarrollaban sus ideas a partir de la contemplación, esto es, a partir del cultivo del ocio, que por supuesto no podía ser negocio, *nec otium*. Instauraron la escuela, en el sentido de heredar su saber a los que se iniciaban, para evitar perder la cadena, pero lo hacían libremente, sólo los sofistas cobraban por su saber. El monje medieval trabajaba en el apartamiento total. Pone casos como el de Descartes que pensaba en la cama, al lado de la cual tenía sus papeles para escribir lo que acababa de idear. Schopenhauer lo hacía mientras paseaba a su perro.<sup>18</sup> Para fortuna y desgracia el desarrollo de las universidades modernas instituyó la figura del académico de tiempo completo que debe ser profesor-investigador. Conviene transcribir textualmente algo de lo dicho por Gaos hace 43 años, es una cita larga:

Para venir a lo más inmediato –a nosotros; a lo concreto- con nosotros; a nosotros mismos: henos aquí, a los profesores, obligados, contractualmente, por deber profesional, por la necesidad de hacer carrera, a publicar, a producir, y para ello a investigar, a descubrir, a pensar, queramos o no queramos, podamos o no podamos. Y lo normal es, no ya que no queramos, por una indolencia y una voluptuosidad del ocio que, después de todo, serían bien intelectuales, sino que no podamos –por lo menos en el volumen y con el ritmo que se reclama de nosotros: lo otro sería anormalidad, -genial o patológica. Henos aquí, pues, atrafagándonos por leer, por traducir, por escribir, por publicar –a como dé lugar, según la expresión mexicana; aunque no hagamos más que acumular trivialidades o banalidades, muchas veces ni siquiera disimuladas con simulación de originalidad o profundidad; o glosas, repeticiones, plagios, igualmente descarados en muchos casos, y en todo caso perfectamente superfluos –acumulación abrumadora en la balumba de la cultura. No basta que seamos órganos de transmisión fiel y escrupulosa, acuciosa y entusiasta, de las generaciones pasadas a las generaciones incipientes; tenemos que ser órganos de reproducción sin creación, y de amontonamiento aplastante, de –pronta basura cultural.

Y sigue:

La defensa higiénica, biológica contra esa basura y las infecciosas epidemias que esparciría, contra la creciente producción de

---

<sup>18</sup> Según testimonio del doctor Edmundo O’Gorman el también filósofo español exiliado, Juan David García Bacca, cuando vivió en la ciudad de México tomaba un autobús que lo conducía hasta la terminal del recorrido, al poniente de la ciudad. Desde ahí regresaba caminando mientras meditaba a lo largo de unos diez kilómetros.

publicaciones, está en que no se leen, aunque se compren. No hay que dejarse engañar por el hecho de que cada vez se editan y se venden más libros, ni por el hecho de que cada vez lean más personas y personas de menor condición cultural –si cada vez leen menos y peor las personas que leen, no sólo las advenedizas de la lectura sino hasta los mismos intelectuales. Y hay razones para suponer, cuando menos, así lo uno cual lo otro, como la de que la lectura no es, en estos días de cine, radio y televisión, el entretenimiento único que era en los días de la adolescencia de cuantos tenemos más de medio siglo de edad; y como la de que las obras de los intelectuales revelen una cultura general revelen una cultura cada vez menor; concretamente, estudios de bachillerato, o equivalentes, cada vez más deteriorados, menos exigentes.<sup>19</sup>

Los “resultados” de la vida intelectual contemporánea revelan todo, menos una evolución, un progreso. Si lo hay, que sí lo hay, es tecnológico. A 36 años de la muerte de Gaos, no deja de sorprender su anticipación en lo que toca a lo que entonces era un gran logro: la consolidación del profesorado de carrera, al que la institución que lo cobija le proporciona los medios para producir, aunque el producto no surta los efectos buscados por el intelectual-académico. Se producen libros que no se leen o se leen mal. En otra parte de los textos glosados, Gaos asegura que él podía concebir una idea nueva cada cinco años. Tal vez peca de excesiva modestia, él que tantas veces anteponía la propensión del filósofo hacia la soberbia, pero convengamos con él de que así es. En ese sentido, cómo es posible someter al creador de bienes del intelecto a una producción incesante que realmente mantenga alta calidad y originalidad. Gaos no vivió los tiempos de las evaluaciones obsesivas, constantes que, al menos en el medio mexicano, se desarrollaron al mediar los años ochenta. No que antes no las hubiera, pero no eran tan insistentes, y digo obsesivas, que no rigurosas. El rigor es cualitativo. Lo que sí es claro en Gaos

---

<sup>19</sup> Las citas provienen de “La vida intelectual”, en *De antropología e historiografía*, p. 263-4. El tema de la sobreproducción de libros y la disminución de la lectura lo anticipa desde “Crítica del tiempo”, en el mismo libro, pero escrito tres años antes, es decir, en 1959.

es su desencanto, compartido por sus lectores de casi cuatro décadas después. Mientras el escritor decimonónico tenía que llenar los periódicos con lo que fuera, el académico-intelectual del siglo XXI debe producir prácticamente en línea. La diferencia es que el decimonónico tenía más lectores y su relación con los lectores era más efectiva.

Con la trayectoria de José Gaos he tratado de contrastar al académico con el intelectual. La premisa es, sin duda, falsa, pero válida en la medida en que el subrayar dos aspectos de la vocación de un filósofo, como es el caso, no hago otra cosa sino historia de la dedicación al trabajo intelectual. Historia porque el tiempo exige el escoger en qué esfera se va a mover el hombre de letras. La vida de Gaos (1900-1969) permite hacer un recorrido de siete decenios en los cuales la circunstancia cambiante modela el campo de trabajo a quienes se dedican profesionalmente a pensar y comunicar sus ideas. El desarrollo de los ámbitos universitarios será definitorio; cuando éstos estaban más anclados en la tradición, el intelectual liberal estaba más en la calle que en el claustro; en la medida en que se seculariza la educación superior, el académico ingresa en un claustro laico, mundano, pero abandona la calle, no sin nostalgia.